

# Las cartas de la abuela



**Texto:** Mireia Vidal

**Ilustraciones:** David Carretero

**A**quella mañana era 20 de Noviembre y en casa de Olivia lo celebraban de una manera muy especial. Era el día Universal del Niño y, como cada año, la familia de Olivia se reunía a la hora del desayuno y cada uno contaba un recuerdo de su infancia. Su padre hablaba del día que los abuelos lo habían llevado a bañarse por primera vez en el río, su madre recordaba las acampadas en la montaña, y Olivia siempre elegía el mismo recuerdo: el día que leyó las cartas de la abuela.

Olivia la veía muy poco a su abuela, y no era porque no le gustara estar con ella. El problema era que su abuela vivía lejos, muy lejos, en un lugar que se llama Austria. Cuando Olivia visitaba a su abuela tampoco podían hablar mucho, porque las dos usaban idiomas distintos. Esto le sabía muy mal a Olivia, pero como las dos tenían muchas ganas de conocerse, una aprendió castellano y la otra austríaco. A Olivia le ilusionaba mucho aprender austríaco porque su abuela le había prometido que cuando fuera capaz de comprenderlo, le leería unas cartas que guardaba como un pequeño tesoro. Por eso se esforzó mucho a practicar con su madre, hasta que por fin llegó el día.

Fue precisamente un 20 de Noviembre que Olivia y su familia viajaron a Austria, y la abuela decidió que había llegado el momento de conocer el secreto de sus cartas. Entonces cogió una y dijo que en aquellas letras amarillentas escondía la historia de una de las mujeres más importantes del mundo: Englantyne Jebb.

—¿Englantyne? — Preguntó Olivia con un perfecto austríaco. — No debe ser tan importante porque yo no he oído nunca hablar de ella.

— A menudo la gente recuerda las cosas pero olvida las personas que las han hecho posibles. — Dijo su abuela con un castellano un poco escacharrado. — ¿Qué se celebra hoy?

— Hoy es el día Universal del Niño — Aclaró Olivia que estaba orgullosa de que sus padres le explicaran muchas cosas.

— ¿Y sabes por qué en casi todo el mundo se celebra este día?

A Olivia se le puso cara de berenjena cuando se dio cuenta de que no tenía ni idea del motivo de aquella celebración. Y fue entonces cuando su abuela abrió uno de sus sobres viejos y comenzó a leer...

Querida hija,

Ahora que ya eres lo suficientemente mayor, quiero contarte quién era Englantyne Jebb. El día que la conocí, recuerdo que tenía tanta hambre que salí a la calle para ver si encontraba algo para comer. Mi madre me lo tenía prohibido. Hacía tiempo que estábamos en guerra, mi padre había tenido que marchar a hacer de soldado y mis hermanas y yo nos quedamos en casa con nuestra madre. Pero no sabes cómo de duro es vivir una guerra. No sólo sufren los que luchan, sino que también es difícil para los que intentan continuar con su vida. Poco a poco, los empleos de los mayores se detienen y ya nadie puede ir a trabajar. Yo también dejé de ir a la escuela y nuestra madre intentaba enseñarnos algunas cosas en casa. Cada día era más peligroso salir a la calle por si alguien nos disparaba, pero lo peor de todo era que cuando hay una guerra, nadie se preocupa de cultivar los campos o cuidar el ganado, para hacer que llegue comida a los pueblos y las ciudades. Conseguir un trozo de pan era tan difícil que decidí fugarme y adentrarme por las calles, cuando de repente una mujer me gritó.

Recuerdo que me asustó tanto, que me quedé parada. Pero aquella mujer, viendo como estaba de delgada, me preguntó si tenía hambre. Yo le dije que mucha, y que mis hermanas también. La mujer me miró con cara triste y me prometió que encontraría una solución. Al día siguiente, alguien llamó a la puerta y cuando nuestra madre abrió, vio aquella mujer que llevaba leche, cereales y galletas. Recuerdo que en ese momento dijo que ningún niño ni niña debería sufrir más las consecuencias de una guerra y que ella haría todo lo posible para ayudar a los niños a sobrevivir. De aquella mujer no supe nada más, pero con el tiempo descubrí que se llamaba Englantyne Jebb.



Cuando la abuela terminó de leer la primera de carta, cerró los ojos para secarse una pequeña lágrima. Entonces entendí que esas cartas las había escrito su propia madre. Era la madre de mi abuela la que había vivido durante la primera Guerra Mundial, y de mayor escribió estas cartas a su hija, para que nunca olvidara el trabajo que hizo Englantyne. La abuela las había leído cientos de veces, y ahora estaba a punto de volver a leer la segunda:

La guerra por fin terminó, y cuando fui lo suficientemente mayor, busqué información sobre aquella mujer y descubrí que Englantyne nació en Inglaterra en 1876 y era profesora. En 1913 viajó a Austria para ayudar a la gente que sufría la guerra, pero cuando vio todos aquellos niños y niñas que pasaban hambre o que no tenían familia y huían de la guerra para refugiarse en otro país, decidió que haría lo que fuera necesario para ayudarles.

A Englantyne no le gustaban las guerras y a partir de ese momento trabajó para conseguir que la gente rica de su país le diera dinero suficiente para ayudar a aquellos que las sufrían. Tuvo que convencer a mucha gente, pero era tan terca que consiguió crear una organización para ayudar a los niños y niñas que vivían las guerras de Europa. Ella decía que salvar a los niños era la manera de salvar el futuro, y que sólo ellos podrían conseguir una paz duradera.

Pero Englantyne no sólo quería ayudar a los niños que sufrían guerras, sino que quería ayudar a los niños de todo el mundo. Por eso, en 1923 creó la Declaración de los Derechos de los Niños. En ella se decía que todos los países estaban obligados a cuidar a los niños y niñas de cualquier cosa. Los tenían que alimentar, curar si estaban enfermos, protegerlos de situaciones de peligro, y educarlos para que cuando fueran mayores, ellos también pudieran ayudar a los demás.

Aquellos derechos gustaron a todo el mundo y en 1959 se convirtieron en la base para la Declaración de los Derechos del Niño de Naciones Unidas.



— Por eso ahora celebramos el Día Universal del Niño — Dijo su madre — para que nadie olvide que los niños y las niñas de todo el mundo siempre se deben cuidar y proteger. Al igual que Englantyne hizo con los niños y niñas que sufrieron la primera Guerra Mundial.

Olivia comprendió de repente cómo había sido de importante Englantyne, pero todavía tenía una pregunta.

— Abuela, ¿aún hay guerras?

A su abuela le hubiera gustado decirle a su nieta que los mayores por fin habían entendido que las guerras sólo servían para causar daño, pero no era el caso. Con una vocecita triste explicó que aún hoy hay muchos niños y niñas que viven situaciones de conflicto o de pobreza, y que se ven obligados a huir de sus países. Estos niños y niñas, y las familias que los acompañan, son lo que conocemos como refugiados, personas que no pueden seguir viviendo en sus casas porque quizás morirían.

De pronto Olivia recordó algunas de las imágenes que a veces se veían en la televisión. Eran de personas que tenían que vivir en tiendas en campos, esperando que algún país los quiera acoger, o de otros que subían a pequeñas embarcaciones con las que tenían que atravesar el mar para escapar de sus países. Recordó aquellas imágenes y en ese mismo instante decidió que las cartas de su abuela serían su recuerdo de infancia. De ninguna manera quería olvidar aquella historia ni lo que decía siempre Englantyne:

*“Salvar a los niños es la manera de salvar el futuro,  
y sólo ellos podrán conseguir una paz duradera”.*

# Fin

# FAROS

*La guía de la salud y el bienestar para tus hijos*



**Los cuentos de la abuela** es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu Barcelona con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



**SJD**

**Sant Joan de Déu**  
Barcelona · Hospital